



EDUCAR CON AMOR PARA LA VIDA

Me habéis pedido desarrollar este tema: «Educar con amor para la vida», y desarrollarlo también, en este inicio de curso. Lo voy a intentar hacer a modo de decálogo.

Sé, que habéis reflexionado sobre aquellas cinco claves educativas: educar desde el Corazón de Jesús. Yo, pues, integrándolas esas cinco claves en esta reflexión, educar con amor para la vida, pues a modo de decálogo, comienzo diciendo que, partimos del Corazón de Jesús.

Partimos de Él. He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres. Necesitamos partir de Jesucristo. Nuestro proyecto educativo parte de Él.

Hace poco en la liturgia, escuchábamos el Evangelio: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Y tú, ¿quién dices que soy yo?”. Aquí comenzamos partiendo de esa pregunta, de la pregunta por Jesús. Jesús, no es un mero sabio como lo fue Sócrates, o un mero profeta como lo han sido otros muchos, no; ni un mero iluminado como lo ha podido ser buda u otros iluminados, no. Jesús es más que un sabio, que un profeta, que un iluminado. Jesús es el Hijo de Dios hecho hombre; el Hijo de Dios hecho hombre. Y partimos de que Él se ha revelado en el corazón, en su corazón, mostrándonos Dios que se descubre, Dios que no se queda encerrado. La revelación, es la muestra mayor de misericordia que Dios ha tenido, que es que Dios se ha descubierto, Dios se ha dado a conocer. Dios es infinitamente superior a nosotros, pero se ha hecho cercano, se ha hecho connoscible, se ha hecho compañero de camino, y eso obviamente, de ahí se traduce una tarea educativa. ¿Cuál es la tarea educativa? Pues mirar, la tarea educativa es, disponer el corazón de los jóvenes al Corazón de Cristo. A ver cómo hacemos esto. A ver cómo disponemos el corazón de los jóvenes, para que tengan capacidad de conectar con el Corazón de Cristo. Esa es nuestra tarea.

Entonces, si en la lógica racionalista, se dice eso de que: “para poder amar hay que conocer” (cierto, para poder amar hay que conocer), pero también para poder conocer hay que amar. Para poder conocer, hay que amar. Y aquí hay una clave, una clave educativa del Corazón de Cristo que yo creo que es determinante, tiene que ser determinante para todos nosotros. Solamente cuando nos sabemos amados, solamente cuando hemos conocido el amor de Dios, es cuando podemos conocer las cosas. No se puede conocer las cosas sin la clave del amor.

Yo escuché en una ocasión a un jesuita, ya fallecido, un ejemplo que me pareció muy ilustrativo. Imaginaros, que estáis en casa y nos tocan el timbre y llega allí un trabajador de estas empresas que envían flores y las entregan a domicilio, (Interflora o yo que se, una empresa de éstas) y entonces de repente te dice: *“Aquí tiene usted este ramo de flores, para usted.- ¡Hombre, qué bonitas y tal!”* Coge uno eso, le da una propina al que ha venido a entregar las flores, y coge las flores e intenta colocarlas en el lugar más bonito del sitio. Bueno, tenían una tarjeta. La tarjeta la tiro, las coloco, y luego viene alguien y te dice: *“Oye, pero qué ramo de flores tan bonito.- Si es precioso, parece que estaba hecho a este comedor porque, fíjate, los colores combinan perfectamente con todo y tal”*. Y dice: *“¿Y quién te las ha enviado? - Ah,... no sé.”* Dice: *“¿Pero no tenían una tarjeta? - Ah, sí, pero la he tirado”* ¡Pero hombre! ¡Pero hombre, a ver, que lo principal de las flores era quién te las ha enviado y con qué intención te las ha enviado!. O sea, alguien te ama, te quiere, y tú no has recibido la clave del mensaje. Tú estas flores no las has conocido, tu de este ramo de flores no te has enterado, no lo has conocido. Solamente quien ama es capaz de conocer, solamente quien ha conocido el amor, quien ha experimentado el amor, es capaz de entender el resto de las cosas: la filosofía, la literatura, las ciencias naturales, las matemáticas... Solamente quien ama es capaz de conocer. Por eso la clave educativa del Corazón de Jesucristo es determinante. No solo hay que conocer para poder amar; es que hay que amar para poder conocer. Y creo que por esto, este educar con amor, con el amor de Cristo para la vida, pues es lo propio, es la esencia, es poner el acento en el meollo de la educación cristiana.

Primer punto de partida: Educar como testigos.

Cuando decimos que hay que educar desde el Corazón de Cristo, la palabra «desde» hace referencia a un lugar, si yo tengo que educar «desde» el Corazón de Cristo, es que yo tengo que estar «en» el Corazón de Cristo, porque si no estoy «en» Él, ¿cómo voy a educar «desde» Él? Y es clave que nosotros partamos de una experiencia, de una experiencia profunda. Si yo no he tenido experiencia profunda del amor de Dios... o sea, los niños necesitan testigos, el mundo necesita testigos.

Escuché en una ocasión a Enrique Rojas, al ese conocido doctor decir que, hoy en día hay muchos profesores, pocos maestros y escasos testigos, decía él. Me llamó la atención esto cuando decía: “*muchos profesores, pocos maestros (que es otra cosa) y escasos testigos*”. Ojo, que eso se puede decir también de los sacerdotes, se puede decir de todo el mundo, aquí no nos escapamos nadie de esta distinción.

Necesitamos testigos, que al final es lo que tiene la verdadera... es el punto de la *autoritas*, ese punto de *autoritas* que nos da verdaderamente capacidad de transmisión. Estamos en una cultura, en que el factor experiencial es determinante el que tiene más capacidad de transmisión. Hablar desde la propia experiencia es lo que más capacidad de transmisión te da. O sea, que la teoría tú la hayas hecho experiencia vivida, y esa experiencia vivida tú a la hora de transmitirla, claro, no suena a un rollito aprendido de memoria que yo lo repito como un lorito, sino que estás poniendo tu corazón en lo que transmites; y eso, al ser testigo, es lo que te da una capacidad grande de transmisión. Aunque tú no te des cuenta, pero eso es lo que da una gran capacidad de transmisión.

Recuerdo un sacerdote italiano conocido, que me decía que daba clases de religión en Italia... y cómo son los niños, ¿qué os voy a decir yo a vosotros, no?, cómo son los niños con su lógica implacable, ¿no? Estaba allí el hombre dando clases de religión como podía, y uno de esos niños avispaditos, con su ingenuidad (pero, vamos, una ingenuidad que es al mismo tiempo una taladradora) y que debió de preguntar: “*Oye, ¿tú eres amigo de Jesús o trabajas para Él?*”, le dijo. Claro, y me decía el sacerdote que se quedó absolutamente electrocutado y con una salida de un niño que le suelta una de esas, le dice: “*¿Tú eres*

amigo de Jesús o trabajas para Él?”. El niño en su lógica... vete tu a saber lo que tenía en la mente, pero claro que estaba apuntando claramente al meollo de la cuestión. En el fondo, el niño estaba queriendo ver si esa persona verdaderamente estaba hablando desde su propia experiencia, o estaba repitiendo algo que le habían enseñado mecánicamente.

La necesidad de testigos es muy importante. Y los niños, además los niños tienen una lógica implacable: «Si tú me has dicho esto, lo lógico pues es esto, ¿no? Si tú me has enseñado tal cosa, tú tienes que ser testigo de ello.»

Recuerdo otra anécdota también de esas no fácilmente olvidables. Siendo párroco, pues en la parroquia en la que lo fui muchos años en Zumárraga, pues recuerdo que los monaguillos... en que los monaguillos pues no era fácil domarles. Y entonces pues yo diciéndoles: *“A ver, cuando estemos aquí delante en el presbiterio y pasemos delante del sagrario, nos arrodillamos, porque aquí en el sagrario está Jesús. Entonces nos arrodillamos, ¿no entendéis?”*. — *“que no, que sí”*. — *“Y si pasamos dos veces, pues dos veces; y si pasamos tres veces, tres veces”*. Y, bueno, un día ya se los intenté hacer ver con más fuerza que de costumbre. Pasaron dos días, entro en la iglesia, que estaba vacía, y veo que *“¡uy! me ha parecido que el confesionario se mueve un poco”*. Se movía la cortinilla del confesionario. *“¿Hay alguien metido confesionario, o qué?”* Me acerqué al confesionario, corrí la cortinilla y me encuentro allí a tres monaguillos metidos dentro del confesionario. Digo: *“¿Qué hacéis vosotros aquí?”*. Y me dicen: *“Es que queríamos ver, si cuando estabas solo, tú te arrodillabas”*. Yo dije: *“¡Oh, estos son tremendos! Pero tremendos, con una lógica implacable. Con una lógica implacable, como diciendo; A ver, tú, eso que estás diciendo, ¿tú eres un testigo de ello? O sea, ¿tus otras creído eso, es una verdad para ti? ¿Es una experiencia tuya o lo dices porque otro te lo ha dicho a ti, te toca repetirlo? A ver, ¿tú eres amigo de Jesús o trabajas para Él? Y esa lógica de los niños es una auténtica lección para nosotros. La primera por tanto, creo que la primera enseñanza que nos tiene que dar esta clave educativa es la de ser testigos. Y solamente se puede ser testigo habiendo tenido una profunda experiencia personal.*

En segundo lugar, y bastante ligado a lo primero, por supuesto. Hay que educar como testigos y hay que educar con autoridad moral, como hemos dicho en la eucaristía de

esta mañana; con autoridad moral. Cristo hablaba con autoridad. Mirad, la única manera de hablar con autoridad moral, es teniendo muy claro que yo no me predico a mí mismo. Si yo me predicase a mí mismo, si yo dijese opiniones personales, si en el fondo cuando uno se presenta delante de los demás, está pretendiendo mostrarse él a sí mismo, es imposible tener autoridad. La autoridad nos la da el hecho de que es la palabra de Cristo la que transmitimos, no son nuestras opiniones personales. Es verdad que estamos en una cultura que es hija de la sospecha, que hay una gran crisis de autoridad, una gran crisis de confianza, que en principio nos caracterizamos por una desconfianza de las instituciones, porque nadie se fía, tendemos a no fiarnos de lo que institucionalmente se nos dice, eso forma parte de nuestra cultura, “este, ¿qué querrá de mí que querrá sacar?”. Hay una especie como de sospecha de que éste querrá algo, que en el fondo es el pecado original, acordaos, dice: “*Es que, claro, si comes de ese árbol... Dios no quiere que comas de ese árbol, porque en el fondo pues está como queriendo..*”. como si Dios tuviese algún interés en ello. ¡Pero si el interés es por ti! ¡Si el interés es por ti, sabes! Existe una especie como de sospecha de que alguien quiere sacar algo sirviéndose de mí, y esa especie de sospecha hacia la autoridad, que es falsa, que es falsa. La única manera de superar esta sospecha, desconfianza, hacia la autoridad es, mostrar por nuestra conversión y por nuestra vida de santidad, que no queremos nada más, que el bien de los demás. Yo no quiero nada más, que el bien de los demás. No amo con amor propio, sabes, no amo con amor propio. Sino amo con un amor de olvido de mí mismo.

Cuando amamos con amor propio, quieras tú que no, parece que entonces desconfiamos de esa persona. Tú imagínate un padre o una madre, qué quiere que su hijo... saque determinado puesto para poder cursar no sé qué carrera, que tiene que sacar no sé qué nota. Y entonces: “*Hijo quiero que estudies, quiero que estudies, quiero que estudies*”. Pero si no lo consigue, se siente decepcionado, y se siente decepcionado en su amor propio, porque en el fondo él esperaba que su hijo fuese su orgullo y poder un poco lucir su hijo delante de todo el mundo y sentirse orgulloso de él. Ojo, que a veces amamos con amor propio y eso puede hacer que perdamos autoridad moral, porque generemos sospecha, porque en el fondo no estamos trasladando un amor incondicional. Para poder tener autoridad moral, no hay que amar con amor propio; hay que amar desde el amor de

Dios a las personas, queriéndolas como Dios las quiere. Es la única manera de poder hacerlo, de poder tener esa autoridad, que quien nos vea y quien vea esa autoridad que se nos ha confiado, esté viendo en el última instancia, el Corazón de Cristo que le ama, que le quiere, que le exige, que es exigente, pero que no quiere nada, sino su propio bien.

En tercer lugar: educar con amor para la vida supone educar desde una antropología integrada. Una antropología integrada, menudos reto es éste. Una antropología integrada frente a la herida del dualismo. Sí, existe una profunda herida del dualismo que configura mucho nuestra cultura. ¿A qué me refiero con herida del dualismo? Bueno, pues a una especie de confrontación entre verdad y caridad, entre entendimiento y voluntad, e internacionalismo y sentimentalismo. Existe, esa confrontación.

Curiosamente nuestra cultura se caracteriza por estar en dos polos, pero al mismo tiempo por dos polos: por una parte esta es una cultura superracionalista que solo cree, en la ciencia, en los datos científicos, en lo que es experimentable o científicamente demostrable, la ciencia experimental, parece que es la única verdad, la única verdad objetiva; ese es un extremo. Y en el otro extremo está pues el emotivismo, el que es una cultura que ha enfatizado todo lo emocional, todas las sensaciones, de digamos, de inclinaciones sensitivas, emocionales, que están continuamente manipulando el corazón del hombre. Tú te fijas cómo son los *spot* publicitarios, que suele ser muy interesante fijarse en los *spot* publicitarios, cómo tocan los resortes, cómo un *spot* publicitario para ser efectivo intenta tocar lo emotivo, intenta tocar lo emotivo en detrimento de la racionalidad. “Pues mira, pues si yo compro ese coche, si yo compro este producto, me veo como esa persona que está haciendo el *spot* publicitario, como un triunfador, me veo...” “Está recurriendo a sus teclas, digamos, más instintivas para manipular al hombre. Entonces es curioso, porque nuestra cultura tiene una falta de integración, vive como una distorsión: por una parte racionalismo (sólo creemos en lo que la ciencia experimental puede demostrar) y por otra parte emotivismo. Claro nos deja tan fríos y tan secos lo primero que nos ponemos en manos, nos echamos en brazos, de todo tipo de manipulación afectiva.

Entonces existe, una gran confusión. A veces se confunde corazón, con meras emociones o con una visión muy reductiva de la afectividad. Pero sin embargo, la antropología cristiana integra el entendimiento y la voluntad, los integra ambos. Y el entendimiento no es una razón fría, sino que es un conocimiento sentiente, el entendimiento es un conocimiento con corazón, y la voluntad es un sentimiento con discernimiento; es un corazón que ve, no es un sentimiento ciego, y la integración de ambas cosas es muy importante. La visión cristiana integra, el corazón es el núcleo de la conciencia, es el ámbito donde se hace presente la verdad, la bondad, la belleza. El corazón integra, entendimiento y voluntad; porque la visión romántica hace que por corazón se entienda de entendimiento nada, es puro sentimiento, pura emotividad, y eso es catastrófico. El concepto cristiano de corazón, integra entendimiento y voluntad; es un conocimiento, sentiente, un conocimiento que siente, y es un sentimiento con discernimiento. Entonces hay que educar, para poder pasar de esta cultura meramente racionalista y emotivista, a una cultura integrada, en la que se integre en un corazón el entendimiento y la voluntad. Pues menuda tarea es esa, ¿sabes?, menuda tarea esa. La tarea, la tarea clave en la que el gran problema que tenemos es que el sentimiento, en los afectos, la emoción, pues hoy en día la hemos hecho sinónima de mis apetencias. Y distinguir «quiero» y «me apetece» hoy en día pues se ha hecho muy difícil. Voluntad y apetencia se confunden.

Me paso, no hace mucho que yendo a una población a confirmar a un grupo de chicos, pues cuando tuve un encuentro con ellos en vísperas de confirmarles, bueno, pues eran chicos de 17 años o 18. Entonces, por entablar un diálogo, les digo: “A ver, ¿quién de vosotros me dice qué diferencia hay entre «quiero» y «me apetece»?”. Entonces, bueno, pues si algún silencio de esos que a ver quién los rompe y tal y... bueno, ya uno le empujaron a hablar y el pobre va y dice: “Pues «quiero» una cosa... «quiero» quiere decir que me apetece una cosa, y «me apetece»... pues «me apetece» una cosa, es que quiere decir que «quiero» esa cosa”. No podía salir del bucle. Y yo intentando ayudarle, pues le hice una pregunta: “Oye, ¿tu padre esta mañana a qué hora se ha levantado para ir a la fábrica?”. Y dice: “Pues a las seis de la mañana”. — “¿Y tú crees que le apetecía?”. Y me dice: “No”. — “¿Y tú crees quería?”. - “No, tampoco”. - “Hombre, querer sí”. Le digo: “Querer sí, hombre, ¿cómo no va... cómo no va a querer si se levanta?” - “Pero, hombre, tampoco quería” - “Que si...”. Me llamó

profundamente la atención, la dificultad de distinguir los dos conceptos. Me llamó profundamente la atención, es que, bueno, ni con ese ejemplo que le he puesto que parecía que era fácil de desentrañar la cosa, ni así se desentraña.

Esta es una clave, que estamos en una cultura en la que vivimos en dos polos: o en el racionalismo absoluto de solo creer una ciencia experimental, y luego estar por otra parte, para compensar eso (porque, claro, hay que compensar eso, porque ahí no se puede vivir toda la vida), para compensar eso, nos echamos en brazos de un emotivismo en el que mis emociones, mis sentimientos, en el fondo, los confundo con mis apetencias, sin discernimiento ninguno, con mis apetencias. Y, claro, eso es un drama. Es un drama interior. Es verdad, que el hombre está lleno de deseos, es verdad que estamos llenos de apetencias y deseos, y eso es una cosa innegable, forma parte de nuestra vida, y máxime en esta sociedad en la que tenemos un bombardeo continuo de consumismo, etc..., para suscitar deseos y para servicio de nuestras pasiones y generar todo tipo de apetencias.

Pero fijaros ante esa situación, ante todos esos deseos y apetencias, ¿cómo posicionarse ante ellos? Yo creo que hay cinco maneras de posicionarse, fundamentalmente hay cinco.

Una es la visión materialista, ¿no?, la de quien dice: *“Lo que me apetece es lo que quiero, por lo tanto mi apetencia es mi voluntad y es mi entendimiento”*. Entonces yo me entrego totalmente, mi deseo es la ley, lo que me apetece es la ley. Es la visión materialista, la de dejarse llevar en cada momento absolutamente por nuestros deseos de apetencias; esa es una, obviamente, es una posibilidad muy reinante.

Otra posibilidad, ciertamente muy poco en boga, sería la opuesta: sería la visión jansenista. En la visión jansenista es la de que todos los deseos, solamente por el hecho de ser deseos, son pecaminosos y, por lo tanto, hay que reprimir todo deseo humano, porque todo deseo humano en el fondo, es contrario a la voluntad de Dios. Y esta vida consiste en negar todos los deseos del hombre para intentar después descubrir la vida eterna.

La tercera visión, que está sí que está un poco más de moda, es la visión budista. La visión budista, es la de intentar buscar una especie de estado interior en el que uno

elimine sus deseos, busque un vacío interior. A ver si yo desee en esa meditación o vacío interior, intento no sentir y no desear y quedarme en un vacío interior. Pero yo creo que es negar la realidad, es un vacío interior que niega una realidad.

La cuarta posibilidad es la visión socrática. La visión socrática, que intenta tener un autodomínio, un equilibrio interior con nuestros deseos. Un autodomínio, un equilibrio interior que ciertamente es una aportación importante, esa visión socrática de un hombre equilibrado, maduro, que no se deje arrastrar por sus apetencias. Pero, claro, con el problema que le diríamos a Sócrates: “¿Y eso cómo se hace?”. Porque llegar al equilibrio, el equilibrio no se alcanza sólo por proclamarlo. Es un desiderátum, pero al desiderátum, ¿cómo se llega?

Y claro, y frente a esta visión posible, visión materialista, la segunda la cancionista, la tercera la budista, la cuarta la socrática... a ver, yo creo que esta es la gran propuesta cristiana. La gran propuesta cristiana es la visión mística, que nos descubre que detrás de nuestros deseos desordenados muchas veces, detrás de nuestros deseos, de nuestras emociones, de nuestros afectos desordenados, muchas veces, en el fondo en ellos, está latente el hambre y la sed de Dios, el deseo de Dios, el deseo infinito que Dios ha sembrado en el corazón del hombre. Y los deseos humanos, que es una caja de Pandora, que son súper desordenados, no se pueden negar, no se pueden reprimir absolutamente, sino que estamos llamados a discernir cómo detrás de esos deseos hay un hambre y sed de felicidad, que en el fondo es un hambre y sed de Dios. San Agustín, en el libro de las confesiones, dice en un momento determinado: *«Ahora me doy cuenta, que incluso cuando saltaba la tapia para robar manzanas delante en la huerta del vecino, y para ir de líder porque yo quería ser un líder y que todos me admirasen, pues yo incluso cuando hacía eso, ahora me doy cuenta que en el fondo estaba buscando a Dios, pero estaba dando palos de ciego. Y la manera en la que lo estaba haciendo»*. La visión cristiana pues es la que viene a decir que estamos llamados, a no despreciar los deseos, pero discernirlos, purificarlos, educarlos, hasta descubrir cómo Dios ha insertado en la naturaleza humana un deseo de felicidad que solamente Dios puede llenar.

Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón ha estado inquieto hasta que descanse en ti. Esta es una antropología integrada en la que los sentimientos, las emociones, la voluntad, del entendimiento, todo ello en el fondo se junta en un corazón que busca la felicidad y busca la totalidad.

Os recomiendo un libro del que yo me he servido mucho para hablar de este tema, que es «Los siete anhelos del corazón humano» «Dioses rotos» tiene como subtítulo. En «Los siete anhelos del corazón humano», se expresa, cómo detrás de esos deseos desordenados late el hambre y sed de Dios, que Dios ha sembrado en nosotros. Bueno, es un libro que os ayudará y sobre el que yo también he tenido oportunidad de dar otras charlas en otros momentos.

Por lo tanto, ese tercer punto de este decálogo que estoy desarrollando: educar desde una antropología integrada, desde una antropología integrada, en esa visión cristiana del corazón, que el corazón integra entendimiento, integra voluntad, integra afectos, integra de emociones, integra pasiones.

En cuarto lugar, la educación tiene que ir de la mano por una apuesta por la familia vertebrada. Una imagen de la familia vertebrada que es básica, para que el hecho educativo sea posible. Se habla mucho de la emergencia educativa, pero la emergencia educativa en buen lugar, en buena medida, es una punta de iceberg que esconde debajo del agua, la emergencia efectiva. Y es que en la medida en que la sociedad, la familia se ha desestructurado, en la medida en que también las relaciones, las relaciones afectivas y sentimentales son una experiencia de falta de equilibrio, de falta de estabilidad, pues eso ha supuesto algo que contiene una profunda herida afectiva: no haber tenido la experiencia, de haber sido educado en un modelo de amor estable e integrado. Eso condiciona mucho a alguien. Sería interesante hacer una estadística, que en algunos países se ha hecho, sobre la incidencia del fracaso matrimonial, en el fracaso escolar de los hijos. Pues ¡anda que no tiene incidencia eso! Claro que tiene incidencia, la incidencia de una familia desestructurada en la capacidad educativa que haya con sus hijos, eso tiene una gran incidencia. Es una gran apuesta por la familia. Yo creo que hoy en día, si por algo se caracteriza la cultura emergente o esta especie de orden políticamente

correcto, es por pretender tener como interlocutores a los individuos o a los ciudadanos, pero no por relacionarse con las familias. Los estados no quieren tener como interlocutor a las familias, sino a los individuos, a los ciudadanos, porque obviamente son mucho más fácilmente manipulables. Sin embargo, una familia fuerte, que decía Chesterton, “*una familia fuerte es como un estado independiente*”, en el que tiene unas fronteras y una capacidad un poco de ordenar y de gobernar lo que ocurre en su interior muy fuerte. Ya sé que esto desde que lo dijo Chesterton han pasado muchas cosas, y resulta que dentro de ese estado independiente que es la familia, se meten los móviles, se mete el otro, se mete... las fronteras del estado independiente tienen muchos filtros, pero la frase suya sigue siendo verdad: “*una familia fuerte es como un estado independiente*”. Y es clave que el proyecto educativo lo hagamos teniendo ese modelo, que luego ya sabemos que tenemos que jugar desde las situaciones reales que existen, no únicamente desde un modelo ideal, pero es muy importante tener el modelo desde el que partimos, aunque luego muchas veces la partida la tengamos que jugar pues desde las situaciones en las que estemos con familias partidas, etcétera, etcétera. Pero teniendo claro cuál es el modelo. Luego habrá heridas, bien, pero lo que no vamos a hacer es respirar por las heridas. Respiramos por los pulmones, pero no vamos a hacer que las heridas sean los pulmones, que eso es lo que está pasando hoy en día, que convertimos las heridas en pulmones. No, tenemos que respirar por los pulmones, no por las heridas. Las heridas no las vamos abandonar, las heridas las vamos a acompañar, pero no voy a respirar por las heridas, haciendo de las heridas casi un modelo, de las heridas no voy a hacer un modelo. Esto es algo básico, ¿no? Pero no está de más decirlo porque es lo que está ocurriendo a veces, estamos respirando por las heridas en vez de acompañar las heridas, hacemos un modelo de ellas.

Nuestras heridas afectivas sólo se pueden curar por el Corazón de Cristo. Jesús desde luego, lo vemos en los evangelios, tiene una proclividad de estar especialmente cercano a todas las personas heridas. Por ejemplo, en aquella mujer pecadora que le dice: “*Mujer, ¿nadie te ha condenado? Pues tampoco yo te condeno. Vete y no peques más*”. El corazón del hombre no es de quien lo rompe, el corazón es de quien lo repara. Detrás hay muchos corazones rotos en este mundo, hay muchas heridas afectivas que obviamente,

condicionan mucho el hecho educativo, y nosotros tenemos que mostrar pues que, esos corazones heridos no son del mundo que los ha roto, son de Jesucristo que nos ha reparado. Tenemos que mostrar que Jesús cuando dice: *“Venid los que estáis cansados y agobiados, que yo os aliviaré”*, tenemos que mostrarlo de esa manera. Jesús verdaderamente es consuelo de esos corazones rotos.

Recuerdo un maestro, un maestro de pueblo ya jubilado, mayor. Él decía, que tuvo entre esos alumnos, un niño especialmente difícil, hijo de una familia desestructurada, que el pobre pues que había volcado en una especie de liderazgo hiperactivo pues todo el sufrimiento que tenía de su familia. Era el típico niño pues que, claro, que te destrozaba la clase. Decía que durante mucho tiempo, pues luchó y luchó esforzándose en quererle, en tener paciencia, pero claro, les cedía muchas veces. Dice que una de tantas veces que ya no podía con él, contaba, que le echó de clase y le dijo: *“Mira, vete a la parroquia, vete a la parroquia, ponte delante de Jesús a ver qué te dice Él, que yo ya me he hartado”*. Y le mandó al sagrario. Bueno, pasó el tiempo... *“no volvía, que no volvía.... a saber en dónde está este...”*. El caso es que apareció, apareció compungido, se le veía que había llorado, y se le ocurrió decirle al entrar a clase: *“¿Y qué te ha dicho Jesús?”*. — *“Me ha dicho... me ha dicho que le diga a usted, que también me perdone usted”*, fijate, le dijo. Y me contaba el hombre que se quedó conmovido diciendo que vio que al final, que lo que verdaderamente podía ayudarle a ese corazón roto, que era la consecuencia de que una familia le había generado una cantidad de heridas tremendas, era llevarle ante Jesús, era ponerle ante Jesucristo, ponerle ante quien no había roto su corazón, sino quien tenía la capacidad de repararlo. *«¿Es que puede una madre olvidarse del hijo de sus entrañas? Pues aunque esto ocurriese, yo nunca te olvidare»*. dice **Isaías 49, 15**.

Esto tiene que formar parte de nuestra propuesta educativa. La familia como el lugar en el que se revela el amor de Dios, el amor incondicional de Dios, la familia, la familia, la familia... ser unos enamorados de la familia. Y al mismo tiempo pues, digamos, el Corazón de Cristo como el que es capaz de amar incluso, por encima más allá de los límites de la familia.

En quinto lugar: educar suscitando admiración, suscitando inquietud intelectual, deseo de conocer la verdad.

No sé si sabéis que la palabra maná, el maná del pueblo de Israel del desierto, la palabra maná etimológicamente significa “¿qué es esto?”. La maravilla de que cuando el pueblo de Israel iba y veía el maná decía “¿qué es esto?, ¿qué es esto?”. Eso es un niño, ese “¿qué es esto?” es un niño, que se abre a la admiración del mundo y que dice: “¿Qué es esto? ¿Y cómo esto?”. O sea, es decir, qué hermoso es, que logremos que la educación, conecte con ese alma del niño que quiere conocer el mundo y que entiende que hay un misterio escondido que le supera.

Esto es todo lo contrario del relativismo, ¿no?, de un relativismo, que en el fondo lo que hace es negar el hecho de que exista un misterio que tengamos que descubrir la vida. El deseo de conocer, el deseo, la fe en una existencia de una verdad objetiva que tenemos que conocer, que no supera... choca con el relativismo, con el escepticismo, un escepticismo que al final es relativismo. El relativismo de “*todo vale, qué más dará, qué más dará*”, que nos hace mucho daño. A veces el pluralismo mal explicado, es una especie de relativismo disfrazado, “*pues que va si no hay una verdad y si todo el mundo tiene su verdad, hay tantas verdades como personas hay en el mundo, etc*”. No es un no creer en una existencia objetiva de la verdad y todo eso, todo eso es escepticismo, escepticismo, escepticismo; y al final, búscate la vida y cada uno hará una verdad a su medida.

Eso es un drama, frente al cual, nosotros estamos llamados a educar en el amor a la verdad. Hay una verdad absoluta, sí, que es Dios, y esa verdad absoluta se descubre en todo aquello que ha sido creado por Dios, donde Dios ha dejado impresas las huellas de su verdad plena. La verdad, la ley natural impresa en toda la realidad. Ser enamorados de la verdad, creer que Dios nos ha dado una capacidad de conocimiento de la verdad. Huir como de la peste, como de la peste de este relativismo, de ese “despreciar el que alguien pueda conocer la verdad, el decir, hay tantas verdades como personas existen en el mundo, etc...”, huir como de la peste. Jesús en absoluto fue relativista, Jesús fue misericordioso, jamás fue relativista. Por ejemplo, cuántas veces dice Jesús: “*En verdad, en verdad os digo*”, una expresión que no es baladí, no es baladí. Jesús no creyó en el

pluralismo, por ejemplo, en el pluralismo relativista religioso, que está hoy está muy de moda. Esta vez muy de moda pues eso, aquí lo que está bien visto es, ser un poquito cristiano, un poquito budista, un poquito... y entonces el sincretismo, un sincretismo que picotea un poco de todo, y en el fondo no cree que exista una verdad plenamente revelada. Es lo que está de moda. Jesús le dijo a la mujer samaritana: *“Mira, la salvación viene de los judíos. Yo he venido para dar testimonio de la verdad. ¿Y qué es la verdad? Yo soy el camino, la verdad y la vida”*. Jesús no fue relativista, Jesús fue un enamorado de la verdad, quería transmitirla, y esto tiene que formar parte de nuestro ADN educativo.

En sexto lugar: la importancia de educar en la fortaleza interior, que es clave, porque claro, pues somos hijos de un momento sociológico y cultural, sí, es verdad que hemos tenido esta pandemia, que puede ser una de esas situaciones en las que despertemos de esa especie de sueño, de vivir en un estado del bienestar en el que todo es fácil, no hay ningún problema, todas las necesidades las tenemos cubiertas... Es verdad, es que, claro, somos hijos de una generación en la que no nos hemos enfrentado a grandes retos, es así.

Nuestra madre falleció en el mes de noviembre pasado y, claro, yo siempre le escuchaba con admiración a ella, pues contar los episodios y relatos de lo que ella en su infancia y en su adolescencia, pues tuvo que abordar y hacer pues para sobrevivir. No te das cuenta, de que quien ha tenido que afrontar tales retos, pues es que es una persona que interiormente tiene una fortaleza que no veas tú, y sin embargo quienes lo hemos tenido todo hecho, todo tal, eso es una debilidad tremenda, ¿no?, y eso nos hace muy vulnerables. No tenemos capacidad de asumir frustraciones, cualquier sufrimiento en la vida nos hace venirnos abajo. Siempre nos han dado la razón a todo, lo que te apetecía te lo han dado: *“cosa que me apetece, te lo doy; me apetece, te lo doy...”* Y al final, hemos ido generando pues, una debilidad interior que no tiene capacidad alguna de asumir frustraciones. Eso que veo es lo que quiero, claro. Eso nos hace blandos, blandos, blandos. Vulnerables. Porque las verdaderas metas de la vida, hay que alcanzarlas con esfuerzo, con sacrificio, abrazando las cruces de la vida. Y este es un drama. Esto es un drama en el que tenemos que educar con suavidad y con firmeza.

Yo recuerdo cómo, por ejemplo, en la dirección espiritual de nuestro sacerdote, nos decía, que no debíamos acostarnos nunca, sin ofrecerle a Dios pues algún pequeño sacrificio, negarnos algún pequeño capricho. Tienes que acostumbrarte a eso todos los días, que tú le hayas ofrecido al Señor alguna pequeña renuncia: no me voy a sentar en ese sillón, por ejemplo, o no me voy a coger yo el mando a distancia del televisor que lo coja otro, o voy a comer esto que no me gusta comerlo pero lo voy a comer..., cositas así, pero es que son básicas. En ellas te va la vida, te va la fortaleza interior. Hay que distinguir la fuerza, de la fortaleza. La fuerza, de la fortaleza. Se requiere más fortaleza para ser manso, para tener un autodomínio de ti mismo, que para ser un osado con los demás, para eso se requiere menos. A veces confundimos fuerza y fortaleza. Uno puede tener mucha fuerza y no tener ninguna fortaleza. La mayor muestra de fortaleza, es la capacidad de tener aguante sin venirse abajo. Haber, dicho de una manera gráfica: que el buen boxeador, no es el que reparte muchas tortas, sino el que no se viene abajo cuando le dan a él. Sí, por mucho que tú repartas, si a la primera que te dan te vienes abajo, eso es una debilidad tremenda.

La mayor muestra de fortaleza es, la paciencia. Hoy en día se habla mucho así, en términos de la psicología moderna, de la resiliencia, ¿nos suena eso? Bueno, pues de acuerdo, me parece bien, me parece bien si quieres decir con ese término, pero estamos hablando de algo básico: de la paciencia. La paciencia es hija de la esperanza, que eso es lo que habría que decirle a Sócrates, que es otro, que a Sócrates le faltaba decir: “¿Y eso dónde se compra?”. Pero claro, si Sócrates me dice: “Hay que tener todo un dominio de las pasiones y tal”, y dice “¿si eso dónde compra?” Y habría que decirle: “la paciencia es hija de la esperanza”. Nuestra esperanza es Cristo, y la paciencia es madre de la perseverancia. Hija de la esperanza y madre de la perseverancia. Pero está claro que Jesús nos quiere educar en la fortaleza interior. Nos quiere, sin ir más lejos el domingo pasado hemos escuchado: “El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz y me siga”. A ver, se puede decir más alto pero más claro no, o sea, Jesús nos ha educado que en esta vida, se abrazan las cruces. Las cruces se abrazan; se abrazan, uno no se escaquea de la cruz. Se abraza, se ofrece a Dios, y una cruz abrazada pesa mucho menos que una cruz arrastrada. Arrastras la cruz y pesa muchísimo más; la abrazas y pesa mucho menos. Jesús

nos enseña el camino de fortaleza interior. Por ejemplo, fijaros el combate suyo: *“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”*, La fortaleza es un don de Dios, pero ojo es un don de Dios, y tenemos que procurarla, Dios da su don a aquel que se dispone a acogerlo.

Séptimo elemento o séptimo punto de este decálogo: educar en una libertad anclada en la verdad. O dicho de otro modo: buscar un equilibrio entre libertad y disciplina. Encontré una frase de Chesterton muy graciosa, que dice: *“Porque todos los tontos del mundo, piensan que solamente son libres cuando desobedecen”*. Pero es así, que eso es así. Cuando tú ves una persona muy obediente, no se te ocurre decir: «¡Qué libre es!». Eso no lo dices, porque nos han metido el gol de hacernos pensar, que libertad es casi sinónimo de desobediencia, de rebeldía; «¡es que es muy libre!», ¿y qué es muy libre?, ¿qué quiere decir? Que no obedece. Eso nos la han metido, ese gol, esa confusión. Entonces por eso decía Chesterton: *“Porque todos los tontos del mundo, piensan que uno solo es libre cuando desobedece”*. Nos han timado, es un timo cultural, es un timo. Creemos pues, que la libertad está anclada en la verdad. La integración de libertad y disciplina es básica.

Entonces hoy en día, se nos ha introducido eso de ser libre es hacer lo que me da la gana. Dice: «Bueno, lo que me da la gana». ¡Anda, que la gana esa es muy dictadora! Tú puedes ser esclavo de tu gana. La señora esa que se llama “gana” puede ser una dictadora de no veas tú. Luego decir «yo hago lo que me da la gana» no es sinónimo de libertad, sino de esclavitud. A ver cómo hacemos entender esto al mundo, pero el modelo cultural va por ahí.

Entonces, ¿qué es libertad? «La naturaleza no existe, soy yo el que si me siento hombre pues entonces soy hombre, si me siento mujer soy mujer. Soy yo el que soy capaz de amoldar la naturaleza a mi deseo, a mi sentimiento. No soy yo el que me amoldo a la realidad, no, sino que amo la realidad»... Bueno, es que fijaros, es que es todo un reto con este modelo cultural, entender que la libertad del hombre es una participación de la libertad de Dios, y que tenemos que sanar un concepto de libertad que es meramente libre albedrío, porque es lo que está un poco en la mente cultural. «¿Qué es libertad?»

libre albedrío, hacer una cosa o su contraria.» Hombre eso no es libertad, eso es libre albedrío.

Libertad, que dice San Agustín: *“libertad es la capacidad de determinarnos para el bien”*. O sea, no se puede tener un concepto de libertad desligado de lo que tú optas, porque cada vez que uno opta por el mal, es menos libre. Es verdad que para poder optar por el mal tenías que ser libre, pero cada vez que optas por el mal eres menos libre, menos libre, menos libre... Si en toda tu vida te tiras optando por el mal, al final eres esclavo absolutamente. Y por eso, hoy en día, nunca hemos reivindicado tanto la libertad como ahora y nunca el mundo está más lleno de adictos como ahora, adictos y esclavitudes por todos los lados, porque hemos tenido un concepto de libertad que es hacer lo que me da la gana, hasta que ríe esclavo de mi gana y estoy lleno de adicciones, porque me he equivocado en el concepto de libertad. Repito el concepto agustiniano: *“la libertad no es un mero albedrío, es la capacidad de determinarnos para el bien”*.

La mujer más libre de la historia es la que dijo: *“He aquí la esclava del Señor”*. Fíjate tú esto, porque esclava y reina son sinónimos en María. Pero eso, hay que enseñárselo al mundo, porque eso el mundo necesita entenderlo. Jesús dijo: *“La verdad os hará libres”*, o sea, Jesús nos habla de un modelo de libertad ligado a la verdad. Jesús siempre unió verdad y libertad.

Octavo punto de este decálogo: equilibrio entre la educación personal y comunitaria, que esto es todo para vosotros, esto es importantísimo. Jesús educa de forma personal en un contexto comunitario. Cada uno de nosotros somos únicos e irrepetibles para Él.

Hay un pasaje del Evangelio que es impresionante, porque también se ve que surgían celillos entre los apóstoles, que éste no sé qué, que este no se cuántos, que éste que se siente a tu derecha, a tu izquierda. En **Juan 21**, hay un episodio, que a mí me maravilla: que estaban ahí caminando Jesús y Pedro, y atrás le había profetizado Jesús a Pedro que

él daría su vida por Cristo, y por detrás venía Juan. Y entonces le dice Pedro a Jesús: “Señor, ¿y este qué?”. Y le responde Jesús: “Si yo quiero que se quede hasta que yo venga, a ti qué?”. Es que es increíble verle a Jesús decir: “¿A ti qué?”, es como si se le hubiese hinchado ya un poco la vena diciendo: “Oye, ¿a ti qué? Tú a lo tuyo”. Es verdad, que la educación tiene que ser personal, que cada uno de nosotros tenemos un designio, Dios tiene un designio para nosotros, que los celos, que las comparativas entre nosotros no son buenos, y nuestra educación tiene que ser personalizada. Ahora bien, cuidado que sea personalizada no desde filias y fobias, porque aquí lo malo es cuando se liga a filias y fobias: este me cae bien, este me cae mal, ahí estamos perdidos. Esa educación personalizada tiene que estar ligada a un amor desde el Corazón de Cristo, que a cada uno le quiere de una manera singular. Aquello que se dice que una madre no tiene cinco hijos, sino que tiene mi cinco veces un hijo único, en ese sentido tiene que ser, en ese sentido; que no sean las filias y las fobias, sino un amor personalizado el que tiene hacia nosotros.

Pero, por otra parte, fijaros también es cierto que frente al singularismo, a que cada uno ayuda mucho a educarnos también el saber someternos a la regla común. El que alguien se sepa someter la regla común es muy educador, aprender a ser uno más. En la regla de San Benito, en el capítulo 71 se habla del peligro del singularismo del monje que va de especial, que él siempre tiene que pedir un permiso especial para todo, porque él nunca se puede someter a la norma de los demás. Ojo con eso, porque eso es confundir una educación personalizada, pues con pretender ser siempre pues la guinda del pastel, que obviamente eso no nos hace un bien. Jesús nos enseñó también ponerse en la fila de aquellos que se iban a bautizar en el río Jordán, y se puso en la fila como si fuese uno más. No hizo alarde de su categoría de Dios; al contrario, se despojó de su rango y paso por uno de tantos, y ese hacerse pasar por uno de tantos obviamente es muy educador para todos nosotros.

En noveno lugar: la dimensión social de la educación, la dimensión social. La dimensión social, porque creemos en el reinado social del Corazón de Cristo, tenemos que tenerla siempre como expectativa en nuestra vida. Y no me refiero solo, que también, al hecho de que a nuestros niños, adolescentes, a nuestros jóvenes, les abramos el corazón ante

las grandes necesidades del mundo, ante la importancia de fijarte en los sufrimientos del mundo, para que eso te ayude a olvidarte de tus egoísmos de partida, a que sufras por el mundo, a que sientas lo que está ocurriendo en el mundo, a que participes, de la pasión de Cristo que acontece en el mundo entero... Eso es muy importante, esa visión de dimensión de justicia social, pero además también, creo que tenemos que hacerlo desde una perspectiva explícitamente cristiana, queriendo que el reino de Dios se haga presente en el mundo. El mundo necesita del reinado de Dios, y hoy en día existe una visión de aconfesionalidad en la que a Dios, a Jesucristo, no se le puede hacer presente en la vida pública, ¿sabes? Tú tienes unos sentimientos religiosos que sirven, pues por la noche, cuando vas a la cama y rezas tres aves Marías, ese es el momento religioso; luego, el resto del día, Jesús se queda en el banquillo y tú juegas la partida, pero Jesús en la vida pública se queda en el banquillo. Pues no señores, es el estado será aconfesional, pero yo no soy aconfesional, este colegio no es aconfesional, una familia no es aconfesional. En mi empresa, si yo tengo una empresa, yo soy cristiano, yo quiero que Jesús reine en la empresa, quiero que Jesús reine en la sociedad, yo quiero que esa visión social sea hacerle presente al Corazón de Cristo en medio de nuestra sociedad. Queremos que Cristo reine, que reine en los corazones, ¿no?, porque el mundo necesita de Jesucristo. Es la dimensión de justicia social del reinado social del Corazón de Cristo, del cual hablamos poco.

Por último, en último lugar, creo que una clave de la tarea educadora, es enamorarnos del Evangelio como una clave pedagógica muy importante. El Evangelio, fijaros, es que es Palabra de Dios. Lo hemos visto esta mañana. El evangelio que tocaba hoy, pues nos ha iluminado perfectamente. El Evangelio tiene una fuerza pedagógica tremenda. El Evangelio, no sólo es revelador de las cosas que quiere decirnos Jesús, sino también el Evangelio es revelador de cómo dice Jesús las cosas, de su forma de hacer, de su estilo, de su pedagogía. En el Evangelio aprendemos no solo las verdades que Jesús nos ha transmitido, sino las formas pedagógicas. El evangelio está lleno de claves pedagógicas, en las parábolas que cuenta Jesús... Por ejemplo, cómo Jesús formula preguntas: solo en el Evangelio de San Juan hay más de 100 preguntas, preguntas que te hacen pensar, nos hacen pensar: “*Y la gente ¿quién dice que soy yo? Y vosotros ¿quién decís que...?*”. Hacer

preguntas, por ejemplo, como forma de suscitar una respuesta, el Evangelio está lleno de formas en las que las que descubrimos cómo es el corazón educador de Jesucristo.

Tiene acentos importantísimos. Por ejemplo, tiene el acento de confiar en la gracia, y esto que es tan importante para vosotros, para los educadores: antes de hablar a los jóvenes de Dios, primero hálale a Dios de los jóvenes, ¿no? Jesús se pone en oración: *“Yo he rogado por ellos para que su fe no perezca. Padre, guárdalos en tu nombre”*. Jesús nos enseña a orar y a luchar, por esos que se nos han encomendado, menuda elección. Por ejemplo, el Evangelio insiste mucho en la educación del corazón, antes que la educación de las formas; también las formas son importantes, pero cuando el dice: *“sepulcros blanqueados, que por fuera estáis encalados y bonitos y por dentro estais llenos de corrupción”*. O sea, Jesús, su forma educativa es comenzar por la transformación del corazón, para que las obras exteriores puedan transformarse y ser distintas. La clave educativa de Jesús, es comenzar por la conversión del corazón, a través de la transformación del corazón, el mundo cambia las obras, cambia todo. Por ejemplo, pues Jesús enseña a ser agradecidos, la gratitud: *“¿dónde están los que habíamos curado?, ¿no eran 10 los que yo había curado?, ¿los aquí son ha vuelto este a dar gracias?”*, ¿no? La clave de la gratitud, la clave de la humildad. Poniendo en medio a un niño, Jesús dijo: *“Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”*.

Por eso me atrevo a deciros, como última de las aportaciones de este decálogo: el Evangelio es... iba a decir yo, nuestra constitución pedagógica. Es el libro clave, es el lugar determinante, en el que aprendemos a ser maestros y testigos.

He empezado diciendo, que Enrique Rojas había dicho aquella frase de que, *“hay muchos profesores, escasos maestros y poquísimos y poquísimos testigos”*, yo creo que del Evangelio es el lugar en el que aprendemos a ser maestros. Fijaros que a Jesús le dicen maestro, le llamaron «el maestro» muchas veces: «Maestro, maestro enséñanos, maestro...». Qué manera tan hermosa de acercarse a Jesús y decirle: «Maestro, enséñanos a ser testigos tuyos, como tú fuiste testigo del Padre». Lo dejo aquí, si os parece.